





Detrás del aire

Detrás del aire/ Eda Nicola  
–1ª ed. Buenos Aires, 2016–

ISBN 978-987-1586-82-0

© Eda Nicola  
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522  
(1406) C.A.B.A.

[www.huesosdejibia.com.ar](http://www.huesosdejibia.com.ar)  
[www.huesosdejibia.blogspot.com.es](http://www.huesosdejibia.blogspot.com.es)  
[www.facebook.com/editorial.hdj](http://www.facebook.com/editorial.hdj)  
[huesosdejibia@gmail.com](mailto:huesosdejibia@gmail.com)

Edición: Walter Cassara  
Diseño: Pedro Giraldo  
Fotografía de tapa: © Graciela Prieto

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

EDA NICOLA  
**Detrás del aire**



*El mayor misterio no es que hayamos sido arrojados al azar entre  
la profusión de la materia y de los astros; el mayor misterio es  
que en esta prisión extraigamos de nosotros mismos imágenes con  
potencia suficiente para negar nuestra nada.*

**ANDRÉ MALRAUX**





¿Qué aire qué pulmones, quién respira, qué hay detrás del aire, qué partícula elemental?

¿Por qué querés huir, escaparte siempre, como si fueras una fugitiva, de todo, de todos, qué herida aún supura y destila fuego en lo hondo de vos?

¿Por qué no aceptar, es esto, es así, nada más que un poco de aire para respirar, algo, cualquier cosa para sostenerte el cuerpo, y la mirada perdida, hundida, en cada cosa desintegrándose sin pausa, la mirada y las cosas, juntas, reunidas, mazacote de arena, barro deshaciéndose en el viento?

Detrás de todo debajo arriba más acá más allá, dónde ir sin espacio, qué esperar sin tiempo.

Cerrarás los ojos en el desierto.

Qué ojos qué pupila qué sol o luz inyectará su sangre de partículas, sus mínimos universos cristalizados o estallados, es lo mismo.

Estás dormida o despierta y soñás, soñás, las hilachas retorcidas, los trapos sucios o ensangrentados, los grillos destripados, la música de los días muertos o aún no nacidos.

El tiempo, sombra de agua en todos los espacios.

La palabra, el resto de la sombra cuando se evapora.

La palabra es un río seco que corre, que se desgrana en los cauces sedientos que surcan como serpientes el desierto hostil.

En un círculo de fuego que languidece, cantarás y bailarás una música que se desintegra en lo infinito, en lo vaciado, en lo caído que nada, que nadie, recuperará.

Hacerte finita, finita, de aire, casi translúcida, descomponerte en moléculas microscópicas para atravesar las barreras las cárceles las jaulas inmundas donde te ocultaste, sabiéndolo o no, descomponerte para huir, aunque después ya no logres reconstituírte, no importa.

También atravesar la valla más mortífera, el tiempo, para escapar del después, del antes, del ahora.

Y también escapar del también, del más, del todavía.

Y quedarte sin palabras, apenas con el rastro de sangre, hervida o quemada, del aliento.

Pero todo es este aire y lo que en él vive y respira. Hasta las minúsculas partículas de polvo que cubren cada cosa, cada objeto, este atiborre, este conglomerado. Cada mínima sustancia, fluido, jugo, hilo desmenuzado que habita el aire, que entra y sale de los pulmones, de cada uno.

En el filo, en la hendidura, en el hueco microscópico de cada objeto, de cada cosa martillada, amurada, amurallada, cosida o destripada. Cada cosa. Cubrirte con algo más que las manos, envolverte con algo más que los brazos, apretarte con algo más que la fuerza, y correr y correr, con algo más que las piernas.

O seguir respirando el aire que vive entre las cosas, las cosas, los testigos mudos, las placas sensibles entre las que te movés. Los órganos silenciosos donde te desplazás, sin saber por qué o para qué, ni hacia dónde, en este revolvedero de placas tectónicas, en este resumidero de aspiraciones, de palabras vaciadas, sin referente, reunidas como la grasa en el agua, sin poder reconocerse más que a ellas mismas.

Cuando todo ya ha sido vulnerado, dañado, deformado, utilizado tantas veces, gastado, gastado, como un trapo que ya no puede coserse porque cada hueco que la aguja hace desgarrar la trama de base, el origen, así.

Ahora, contás uno a uno los fulgores, los últimos incendios, los últimos resplandores, los cordones de las zapatillas en hilachas, las mismas zapatillas desmenuzadas, pudriéndose en el barro.

Incertezas del camino, desvío, atajo, dejar que todos los calzados que una vez protegieron tus pies se pudran tranquilos en los charcos, cualquier camino te hubiera traído hacia este mismo campo, hundido bajo el sol, ardido en el viento, en el fuego. De cualquier modo hubieras terminado así, con los pies descalzos hundidos en el barro, en la arena.

Y porque sí. Porque sí. Porque tal vez, o tal vez no, sea peor abandonarte, dejarte ir en la deriva de las cosas hacia la muerte así, sin más. Por eso escribís, lo que tal vez sea un error, a la luz de la destrucción que nunca se detiene, bajo el martilleo sordo del desgranarse, del desgranamiento, escribís más palabras para seguir acumulando lo que será destruido. Más trabajo para el viento.

Las palabras, las palabras, bombones de chocolate tibio derritiéndose en la lengua, estallido de las papilas gustativas, fiesta del cerebro que sabe que se va a morir, que llegará el día, sabe muy bien que le espera el día de fuego en que ya no sentirá. Ya no.

Y egoísmo al que te acostumbrás como a la bolsa de piedras muertas que llevás siempre con vos. Egoísmo puro y duro frente a la madre, tan golosa que ella era, y hace tantos años ya que no prueba el chocolate porque está muerta, y el hermano también, el hermano pequeño que también ha muerto, y que, junto con sus últimos marlboro y los frascos de morfina, también guardaba chocolate, una buena provisión, para las largas noches en que ya no dormía.

Y comés chocolate, y, curiosa cosa, te sigue gustando, no tanto como cuando no conocías la muerte, es cierto, pero lo disfrutás, sé sincera. Así las palabras, como el chocolate, te acompañan, dejás que te distraigan, pero ya no te engañan. Ya no. Ya sabés dónde terminan. Cada una de ellas, con su pelusita recién nacida y su aire inocente.

Y agua en los vidrios y en los pisos, y detergente, y alcohol. Limpiar, limpiar la grasa del tiempo, las marcas de los dedos, el rastro, la huella humana, el barro seco, una gota de sangre, de saliva, de semen.

Cabellos arrancados, burbujas en el aire. Limpiar y refregar. Limpiar y refregar. Entrar en contacto con el mundo, con las cosas, raspándolas, esterilizándolas.

Buscar en la capa espesa de las cosas una remota verdad que tal vez el agua pueda dar a luz. Esa remota esperanza vive en las manos frenéticas, derramadas sobre el mundo compacto, sucio y mudo.

¿Y después qué? Cuando todo cese, cuando cierres los ojos, se te acabe la cuerda, se te corte el hilo, se te suspenda el aliento, te quedes sin aire, se te seque la sangre y sólo puedas oír el silencio de las estrellas...

¿Y después qué? ¿Dónde va abuela el alma de tus muertos? ¿La de tu mamá? ¿La de tu papá? ¿La de tus hermanos? ¿Dónde están ellos, abuela, dónde, el sonido de su risa, el brillo de sus ojos?

Era una niña abuela, la que te preguntaba mientras limpiabas los panteones, había que limpiar y limpiar el día de los muertos, noviembre, calor, hasta que ardieran las yemas de los dedos, quemadas de lavandina, limpiemos abuela, que quede todo bien límpito mirá, tomá, yo te alcanzo el plumero...

Pero decime ¿dónde están ahora? en ningún lado mijita, decías vos, en ningún lado... ¿Estás segura, abuela? ¿Y vos, entonces, dónde estás ahora? ¿Estás?

Y otra vez se dejan oír, ocultas en la sombra, las viejas historias, absortas en las piedras dispersas del campo, las memorias del pelo arrancado y escondido en lugares secretos, talismanes de humo, sangre apisonada y tapada con tierra, carne quemada a la madrugada, huesos limpios por los caranchos, tanta gente enterrada, tanta gente colgada de las ramas más fuertes, historias de manos transpiradas y de ojos rojos, que no quieren, que no saben, que no pueden mirar.

Viven en el campo donde naciste, en los pozos, en la tierra arada y mojada, en los atardeceres rojos, en la luna, blanca e inmensa como una calavera que te mira desde el fondo de sus huecos, desde el fondo barroso y húmedo de sus huecos.

Aunque cierres bien la ventana, ¿cómo podría protegerte esta madera quebradiza, húmeda, la de las puertas y ventanas de tu casa envejecida, donde tantas generaciones se refugiaron y ocultaron, donde tantos, en la suma letárgica del tiempo, tuvieron que entregar las víctimas frescas, atadas, semidormidas, tapándoles la boca, desgarrándoles tal vez la suave curva de un ojo cerrado, o fracturándoles la clavícula en el manotazo?

Los huecos de la calavera te miran y te miran. Querés salir, querés salir de la casa, ser valiente aunque seas una niña pequeña, de tres años, querés salir al patio iluminado apenas por la inmensa luna, y mirarla y mirarla y mirarla, y decirle que no le tenés miedo, que ya no, que qué puede hacerte. Ya nada.



Ir al borde de las palabras, de las cosas, del tiempo, seguir el hilo de la turbia sangre, ir hasta ahí y animarte a mirar los precipicios, las hendiduras, los huecos desde los que brota un persistente olor a podrido.

Dejar el miedo, dejar la furia, el rencor, la mirada torcida y los labios apretados. Dejarlos, abandonar esta sociedad a la que nunca pertenecerás, aunque te esfuerces. Sos un trapo sucio, una chiquilla criada y alimentada para que los otros se limpien con vos, aunque te lo ocultaron, los tuyos pudieron ocultártelo –y ocultarte–, al menos el tiempo necesario como para que pudieras escapar de las bocas sucias, con olor agrio a vino y dientes grasosos y amarillos.

Escapaste, pero sabés muy bien quién sos, de dónde venís, sabés cuántos de los tuyos cayeron y sabés, también, que lo que quedó de ellos fue, después, arrojado a los perros entrenados desde cachorros con sangre humana.

No es fácil juntar los huesos, la médula desmenuzada, los ojos de lento mirar, no es fácil juntar, juntarte, reunir cada pedacito, hasta el último, de todos tus cadáveres. No es fácil, lo sabés muy bien, pero es necesario. No sabés para qué, pero sabés que tenés que juntarte con todas tus entrañas dispersas. Después verás qué pasa.

Salir de la turbia ciénaga del dolor, del rencor, soltar las toscas ligaduras de alambre de púas, ya oxidadas, a punto de romperse, con las que te ataron, como un matambre, mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro, la mordaza de trapo áspero y aceitoso con que te taparon la boca ya está podrida, podés abrir los labios, sentir los dientes, conservados en el fuego, podés mover los músculos faciales, podés decir, decir.

Un fuentón en el patio, estallado de geranios florecidos, un fuentón sobre una mesa rústica, hecha con el cemento que sobró cuando el piso de la galería. Un fuentón en el patio, y un mate dando vueltas, y una abuela que lava la ropa, a la siesta, con las cigarras estridentes del verano.

La abuela vuelca el agua del último enjuague y pone agua fresca y limpia en el fuentón. Después, uno por uno, por turno, mete en el agua para refrescar a la fila de nietos, una tracalada de niños que crecen como los geranios, sin saber ni pensar, brillantes como anguilas, sudados, empujándose, diciéndose los terribles secretos de la siesta, la hora del día en la que todo podría suceder. En verano, con la abuela, sólo aprendieron a reír, indefensos, inermes, presas, carne para ser aderezada, cuando llegara a su punto.

Estas palabras así, mal tejidas, mal cosidas, con los costurones a la vista, con los hilvanes desprendidos, con la tela al revés o sucia o envejecida, con la lana enredada o mordida, estas palabras crudas que te crecen en las entrañas.